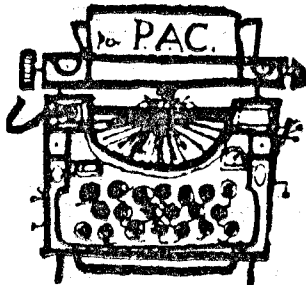


escrito a máquina

HOSPES

Y

HOSTIS



Esta semana, conversando con un taxista —los taxistas suelen ser, profesionalmente, tan buenos conversadores como los barberos— mientras se quejaba, como es de obligación, por el alza de la leche y de la gasolina, vi que llevaba un tarro de leche en polvo. —¿Para sus hijos?, le pregunté. —No, me contestó. Mis hijos ya no beben leche. Es para una ancianita que está posando en mi casa.

No es la primera vez —y espero que no será la última— que oigo o constato, con admiración, testimonios así de la virtud hospitalaria del pueblo nicaragüense. El taxista venía quejándose amargamente del alza del costo de la vida. Sin embargo, con una sola y breve frase (la ancianita a la que ha dado posada en su débil economía), me descubrió un abismo entre su concepción de las relaciones humanas y la concepción que tienen de esas mismas relaciones los que dirigen y regulan actualmente nuestra economía.

En nuestro país miles de personas viven “posando”, y quienes les dan posada son las gentes de menos recursos. En medio de las dificultades cada vez mayores de vivienda y de subsistencia, el nicaragüense persiste en su actitud generosa y abierta con el prójimo, con el extraño. Y lo extraordinario, lo heroico de esta virtud, es que con frecuencia hospitalidad no sólo significa techo sino también —como en el caso del taxista— comida; significa sentar a la mesa al huésped, partir el pan con el extraño e incluso atenderlo si está enfermo.

Cuando “LA PRENSA” reparte su colecta de Navidad a los casos más necesitados, un altísimo porcentaje de estos casos es de gente que “posa” en una casa ajena; enfermos, o huérfanos, o ancianos, o desamparados acogidos por una familia que a duras penas puede afrontar sus propias necesidades. Esta virtud social de nuestro pueblo tiene muchas más esencias de verdadera Civilización que otras que inútil o pedantescamente nos señalamos como metas.

En un libro cuyo nombre no recuerdo Jean Daniélou, hablando del gran valor civilizador de la hospitalidad, decía que en latín se llama “HOSPES” al huésped y “HOSTIS” al enemigo. Es decir, que son dos palabras derivadas de la misma raíz, como indicando dos actitudes humanas que según se conjugan —partiendo del mismo hombre— llevan, o a la convivencia o a la matanza. A la hospitalidad o a la hostilidad.

Nuestra economía nicaragüense, por la carrera que lleva, es economía de hostilidad. En las relaciones humanas que produce su engranaje, el “otro” es considerado como enemigo. Al “otro” (es decir, hablando en cristiano, al prójimo) hay que esquilmarlo, sacarle el jugo, explotarlo, someterlo. El “yo” sólo ve en el “otro” un objeto para su beneficio egoísta. “Negocio es negocio”, dice nuestro “homo economicus”, y con ello significa: en el negocio no hay amigos; en el negocio todo hombre es (o lo trato como) enemigo. Pero la civilización no se mide por el nivel de riqueza sino por su nivel de humanidad. En este sentido nuestro pueblo pobre —al que fácilmente le endilgamos el epíteto de ignorante— mantiene con sus semejantes una relación hospitalaria, de ayuda, de solidaridad, de comunidad, que es sustancialmente mucho más civilizada, e incluso mucho más fecunda en posibilidades económicas —de verdadero desarrollo— que todo el alarde del poder económico actual. No es sobre la “hostilidad” actual que podemos crear el futuro (la hostilidad, la agresión, sólo pueden llevarnos al odio y a la destrucción), sino sobre el sentido hospitalario, sobre el humanismo, que no tiene otra base que la justicia. “El verdadero desarrollo —dice la Populorum Progressio— consiste en PASAR DE CONDICIONES DE VIDA MENOS HUMANAS A CONDICIONES MAS HUMANAS”.

La lucha a que está abocada Nicaragua es entre el HOSPES y el HOSTIS. O prevalece el sentido de comunidad y de solidaridad humanas —todavía vivencial en el espíritu hospitalario del nicaragüense— y le devolvemos al pueblo su derecho a su desarrollo integral como pueblo libre y dueño de su destino; o prevalece el sentido egoísta de una economía cada vez más insaciable y monopolista que irá criando ricos cada vez más ricos montados sobre un pueblo pobre cada vez más pobre hasta que la desesperación lo haga estallar.

PABLO ANTONIO CUADRA